

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 58.—BARCELONA 9 DE JULIO DE 1915



Tropas coloniales francesas desfilando en París por la rue Royal

## CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Inglaterra y sus aliados.—II. Terribles argumentos.—III. La torpeza de Petrogrado

### I.—Inglaterra y sus aliados

Inglaterra no ha querido reconocer nunca la enorme potencia de Alemania. En los primeros tiempos de la guerra, presentó su tremenda flota de dreadnoughts como el arma decisiva que había de aplastar al imperio teutónico; la realidad la obligó a encerrar sus acorazados en donde estuvieran a cubierto de los ataques submarinos. Fracasado el argumento naval, la Gran Bretaña afirmó urbi et orbi que pondría inmediatamente tres millones de hombres sobre las armas; sabido es que no ha llegado al primer millón. No pudiendo explotar esta promesa, que a los mismos franceses ha concluido por parecerles ridícula, se dió buena maña para agitar el famoso rodillo ruso, hasta que éste roto en mil pedazos, ha tenido que reservarse para mejor ocasión. La nueva esperanza se puso en el agotamiento económico y en la muerte de Alemania por hambre, con el mismo resultado que los otros tópicos. Se descubrió por fin que la causa de las victorias alemanas consistía en la escasez de municiones de ingleses

TOMO III

y rusos, y Lloyd George se dedicó a recorrer el reino, predicando a los obreros la necesidad de que trabajaran más y secundaran al Gobierno. ¡Vana ilusión! Mas tarde, las miradas se volvieron a Italia, pero pronto se comprendió que no vendría de allí el éxito tan anhelado. Rumanía, los Estados Unidos han salido también a relucir, despachándose a su gusto los periódicos con fantasías que dejan atrás a las del famoso Wells.

¿De qué nuevo tema echará mano Inglaterra ahora, para mantener el entusiasmo en sus aliados, entusiasmo que ella no comparte ni ha compartido nunca? Que no renunciará a esa labor única en la que demuestra superioridad, es indudable, y ello es un peligro para el resto del mundo. Porque hay que agitarlo y conmoverlo, no para que Inglaterra triunfe, sino para que Alemania sea derrotada y deje de peligrar la libertad de los pueblos débiles (1).

Entre tanto, Francia se desangra y agota, Rusia es deshecha y comienza a ser roída por la carcoma interior, Serbia ha perecido, Bélgica ha pasado a la historia, e Italia está metida en una guerra que es

muy dudoso deseara todo su pueblo. Y en los campos de batalla la muerte consigue espléndidas cosechas, menos en el frente inglés, donde la falta de municiones impone la quietud y la calma.

¿Cómo es que estas verdades que las saben todos, las soportan todos con resignación, aun sabiendo que van a la muerte y a la ruina? ¿Para eso llevamos veinte siglos de civilización, se conquistaron los derechos del hombre y sostenemos que hemos llegado a la mayor edad? Los pueblos son lo de siempre, lo mismo ahora que hace tres mil años: rebaños humanos. El progreso y la cultura no han pasado ni podrán jamás pasar de la corteza: el alma es inmutable y no está sujeta a mudanzas y variaciones. Aforismo que saben explotar los grandes conductores de muchedumbres, pero que aún no han advertido los más de los mortales.

## II.—Terribles argumentos

Para aplastar al adversario bajo el peso del horror y la reprobación universales, todas las armas se han estimado lícitas: desde la poesía a la química y desde la sátira a la calumnia. No parece sino que los fundamentos del patriotismo hayan de ser la pasión y el odio. Los literatos, los pensadores, los artistas y los sabios, se han movilizado como los militares; las heridas que causan son peores, porque, venenosas, menoscaban el honor y el nombre del adversario, y perduran, en los libros y dibujos, dejando rastro para muchísimos años.

La intervención de Italia en la guerra ha aumentado aún más la virulencia de este morbo que se ha apoderado de la humanidad; y no por culpa de aquella nación, sino por la circunstancia que se discutió en estas páginas antes de que Italia se decidiera a entrar en el palenque.

La serena actitud del Santo Padre, su elevación de miras, su espíritu de caridad universal, el amor que siente hacia todos sus hijos por igual, su imparcialidad y el tacto que está desplegando, han sido recibidos con disgusto en algunos países. Se pretende que el Pontífice tome partido en uno de los bandos, que condene al otro con la misma ligereza que un periodista anónimo, que fulmine los rayos de su indignación contra los Imperios Centrales. Es la aplicación de la conocida frase: «conmigo o contra mí». La neutralidad no la conciben los tales, y mucho menos cuando es espiritual; cualquier acto de estricta imparcialidad se presenta al pueblo como indicio o prueba de malevolencia u hostilidad.

Como era de esperar, vienen esas terribles insinuaciones de aquella prensa que en los días de la paz más encono puso en sus campañas contra la Iglesia. Ahora se adopta una actitud larisaica y se toman en la boca, profanándolas, las palabras evangélicas que fueron objeto de sus antiguos escarnios. Es tan burda esta actitud, que no acarrearía consecuencias a no mediar el estado de exasperación de los pueblos, que les priva de su ponderación de espíritu y les hace ver las cosas a través de un prisma que sólo deja paso a los rayos de determinado color. El terreno, que se está preparando hace once meses, se halla bien dispuesto para que germine la cizaña y haga daños incalculables, que aún conmoverán más a la sociedad, harto quebrantada, de determinados

países. Pero no pararán ahí los males, porque acaso se extiendan a la esfera de las creencias.

Señalados ya estos peligros en otra ocasión, limitemonos a desear que la prudencia y el mismo instinto de conservación pongan tiento en los Gobiernos y en las plumas de los que con tanta ligereza no vacilan en valerse de armas, que sus propias convicciones debieran tenerles vedadas.

## III.—La torpeza de Petrogrado

El 14 de agosto, cuando cundía el alistamiento de los polacos en las filas austro-húngaras, el generalísimo ruso gran duque Nicolás, anunció en una proclama la próxima concesión de la autonomía a Polonia. Tantas veces se hicieron anuncios parecidos, que el pueblo desconfió; no faltaron, sin embargo, hombres de buena fe e ilusos, que dieron crédito a la promesa. Transcurrieron meses y meses y el ofrecimiento quedó incumplido. Y ahora, cuando la mitad de la Polonia está en manos de los alemanes, y la otra mitad corre peligro de seguir la misma suerte, se acuerdan en Petrogrado de aquella proclama del gran duque y se nombra una comisión (!) para estudiar su cumplimiento. Es decir, que la burocracia rusa sólo se ha acordado de la infeliz y desventurada Polonia, más digna aún de lástima que Bélgica, cuando ha visto que se le escapaba de sus garras. No será por estos medios como los rusos contendrán el victorioso avance de los ejércitos del Kaiser. Pero la inoportunidad de la medida, cuando tantas ocasiones oportunas se han dejado escapar, demuestra una vez más el caso que hemos de hacer de las manoseadas especies de «defensa de la libertad de los pueblos débiles», «respeto al derecho» y otras zarandajas.

F. LARIN.

## COMO CORRESPONSAL AL FRENTE

De Berlín a Francfort

I

Reunidos en la casa número 2 de la Moltkestrasse perteneciente al Estado Mayor, esperamos órdenes y detalles acerca de nuestra partida al teatro de la guerra. Somos nueve corresponsales de la guerra: 4 norte-americanos, 1 holandés, 1 noruego, 1 argentino, 1 suizo y yo, en fin, como representante de LA GUERRA EUROPEA, de Barcelona. Es sábado y 6 mayo, a horas que deben ser las once de la mañana.

El capitán Kliever del gran Estado Mayor, nos recibe en el salón principal y nos comunica la orden de marcha. A las 9 h. 45 m. de la noche saldrá el tren que nos conduzca a Francfort. Antes se reunirá a nosotros nuestro futuro guía el capitán de coraceros conde von Scheri-Thoss. Por tanto, con diez minutos de anticipación habremos de esperarle en el andén del *Anhalter Bahnhof*, frente al coche-dormitorio que se nos ha destinado.

En efecto, todo ocurre sin el menor contratiempo. Colocámonos en nuestros respectivos coupés y a la hora fijada abandona la estación el tren, repleto

de soldados que, como nosotros, llevan por ruta la que conduce al *Westlicher Kriegsschauplatz*.

Las miradas fijas en la ventanilla, veo llegar y alejarse cada vez más rápidos, a medida que nos alejamos del centro de la ciudad, ventanas iluminadas, muros cubiertos de ropaje primaveral, jardines y arboledas; luego, nada me oculta la hermosísima bóveda del cielo y la contemplo extasiado, límpida, magnífica, sembrada de estrellas relucientes, semejantes a incrustaciones de diamantes encendidos... ¡Qué paz, qué tranquilidad, qué sosiego!—¿Será posible que bajo este mismo cielo azul hayan de combatirse en encarnizada lucha, tantos pueblos de la tierra? Que estas mismas estrellas, más hechas a contemplar escenas de amor que escenas de odios, sean testigos de tanta devastación y exterminio, de tanto correr de sangre de millares de seres frenéticos que entregan sus almas gustosos de servir de holocausto a una *bandera* y a una *patria*?—Aquí, la apacibilidad sagrada de la vida universal, apenas turbada por el rodar del ferrocarril—fruto a su vez del trabajo pacífico—; allá, el silbar agudo de las balas, el traquido estrepitoso de las ametralladoras, el estallido atronador de los cañones,—símbolos de la guerra—.....

La guerra!—La inseparable de los hombres; acompáñalos desde que éstos aparecen sobre el globo y que no habrá de desaparecer de la faz de la tierra antes que ellos. Cavilen los teóricos amigos de la paz por despejar la incógnita de la inutilidad de una guerra, ésta permanecerá sin duda una *necesidad* práctica de la existencia de los pueblos. Los períodos de la historia los dividen guerras; guerras engrandecen y derriban a las naciones; batallas sancionan el progreso y la civilización; libertad e independencia están empapadas en sangre.—Pero aun el *derecho*, en que las utopías pacifistas quieren encontrar la base firme de sus elucubraciones, háse colocado bajo la protección de la *fuerza* brutal para asegurar a sus mandamientos el valor positivo que les faltara sin aquélla. Y, sobre todo ¿existe entre la guerra y el derecho de gentes esa oposición tan radical, tan creída por muchos?—Vanas frases en pomposo estilo y no más, serían las reglas del derecho internacional, los tratados y acuerdos, si ellos no tuvieran, para sancionarlas, el «derecho» mismo de la guerra.

Que la guerra es la expresión genuina, la más sangrienta y la más cruel de la vida de las comunidades sociales. Bien; pero en sus diversas formas y como resultado de diversas causas, es la traducción amplificada de todos esos actos humanos que, por terribles que a veces parezcan, a nadie se le ha ocurrido llamarlos bárbaros o salvajes; es «el derecho a la vida», la detensa personal o del honor. Si bien a veces aparece bajo el aspecto de agresión injustificada e innoble, razón no es bastante a condenarla de inicua e innecesaria. Antes pone de manifiesto que no es la guerra en sí lo condenable, mas sus formas, sus causas originales y los fines que en cada ocasión dada persiga.

La guerra es un mal que debe tratar de evitarse o dulcificarse; pero obedece a leyes naturales e ineludibles. Mientras hayan de vivir los hombres del fruto de un trabajo penoso en la superficie pobre del planeta que habitan, será la guerra una necesi-

dad, imprescindible. Y mientras la civilización avance y los intereses y valores culturales que los Estados defiendan sean cada vez más nobles y más elevados, mejor derecho a la existencia habrá de alegar el uso de la fuerza armada.

Hemos visto el origen de la guerra actual. Inglaterra se ve amenazada por la exhuberancia del comercio alemán y la dominación de éste responde a un interés vital para ella; Rusia ambiciosa—y la ambición no es despreciable,—ensanchar sus dominios en el Báltico y en el Oriente; Francia quiere limpiar de su historia el manchón de 1870, que menoscaba su prestigio político. Y no menor razón asiste a Alemania y a Austria-Hungría, celosas de la integridad de sus territorios y de su honor. La realización a un mismo tiempo de tantas aspiraciones legítimas era imposible. Los diversos intereses chocaron largamente y el momento tuvo que llegar en que la conflagración se hizo inevitable. Pues que ninguno estaba dispuesto—ni podía estarlo—a sacrificar en aras de la paz su honor, su prestigio o su vida, agotados los medios diplomáticos, la decisión incumbía a la *fuerza*.

Estas y otras consideraciones semejantes voy discurriendo en tanto que corre sin fatiga el ferrocarril y en el cielo límpido y azul permanecen inmóviles y deslumbrantes las estrellas, ojos quizás de diosas curiosas que de lo alto observan los mezuquinos disturbios de los mortales acá abajo.....

—

A las 6 h. m. estamos en Francfort. Voy a ver el desembarque de tropas de infantería. En su mayor parte procedentes de Silesia, la bella provincia de Prusia. Los hombres son altos, corpulentos, robustos, tienen el aspecto inquebrantable y a la vez bonachón de los guerreros. Metidos en sus uniformes grises y sus botas burdas, semejantes entre sí hasta confundirse, como piezas de máquina hechas por millares. Las poco graciosas gorras sin viseras dan a conocer que pertenecen a Landsturm. Entablo conversación con ellos y a mis preguntas responden con chistes y exclamaciones: pero cuando indago qué piensan sobre la guerra, no me dan otra contestación que la de: *dass wir Deutschen werden* (que nosotros venceremos), con que expresan sencillamente la confianza ciega en Dios y en sí mismos, que los anima. Y es de ver la alegría que estalla al contemplar sobre el andén un cargamento de fusiles Lebel modelo 86, que el ejército francés dejó en manos alemanas y llevan destino a Berlín.

Al final de la estación se ve la caseta de la Cruz Roja, servida por cuatro hermanas con mandiles blancos, listas a prodigar auxilios inmediatos a los guerreros heridos que vengan del campo de combate. Las miserias que han visto, no las han acostumbrado todavía a no conmovirse ante el desfile interminable de fuerzas jóvenes, de caras rojas llenas de vida, que en corto tiempo verán tal vez pálidas y contraídas bajo el dolor; sus sentimientos parecen al contrario afinarse en el ejercicio de la conmiseración pues visiblemente están conmovidas a pesar del entusiasmo de los soldados y cuchichean entre sí.

Varias asistentes de las hermanas llevan en las manos inmensas bandejas con bizcochos y frutos que ofrecen a los defensores de la patria. Son las

*Liebesgaben* (ofrendas de amor), que los soldados aceptan gustosos.

Pero aún no estamos en la meta de nuestro viaje y es preciso proseguir. Apenas si hemos extendido y paseado un poco las piernas por la estación, cuando escuchamos la señal de marcha. A las 6 y 20 parte el tren acompañado del cántico atronador de la multitud entusiasta que va a despedir a sus guerreros. En



El conocido aviador francés Pegoud, condecorado con la legión de honor y la medalla militar

el coro general se distinguen las voces ligeras de las hermanas al entonar *die Wacht am Rhein*:

Suena un eco que restalla  
como horrisono tronar,  
como fragor de batalla,  
como bramido del mar  
Al Rhin! al Rhin!—Patria mía  
nadie hollará tu confín,  
porque vela noche y día  
el centinela en el Rhin.

. . . . .  
. . . . .

## De Francfort a Metz

Detrás Francfort del Mein, la ciudad magnífica donde antaño se reunieron los príncipes de Alemania a elegir su rey y donde el 10 de mayo de 1871 el tratado de paz que lleva su nombre puso sello definitivo a la derrota de la infortunada Francia.—A la izquierda la línea de plata del Mein, relumbrante al contacto de los rayos pálidos del sol que nace; a la derecha la pradera llana, sombreada de vez en cuando por bosquecillos, ascendiente a lo lejos, dividida en mil lotes diminutos, donde verdean los sembrados cultivados con esmero. Resbala el ferrocarril humeante en dirección de Maguncia.

Aquí y allá, las aspas girantes de un molino de trigo anuncian vida y acción. Pueblecillos, diseminados a lo largo del camino carretero, con sus siluetas de techos agudos de colores vivos; chalets y casas campestres, rodeados de jardines de ciruelos y manzanos. Más allá, sobre el verde césped, un regimiento de infantería venido de Francfort a hacer su ejercicio matutino, descansa de la tarea primera, y los ojos de los soldados todos se vuelven incansables hacia el Poniente, hacia los invisibles campos de batalla donde tantos hermanos les llevan la ventaja honrosa de luchar primero por el hogar y por la patria; pareciera que en aquellos pechos fuertes hay un ansia indecible, ávida, que

más deseable les pinta el tumulto arrebatador de los combates, que la preparación lenta, donde gastan sus fuerzas como pólvora en salvas.

El puente levadizo que acabamos de pasar está custodiado por centinelas que llevan sus fusiles enhastados. Un enemigo invisible se presume amenazante.

Más consoladores son los cuadros de paz de los campesinos diseminados en los campos. Hasta sus oídos no llega el ronco estampido de los cañones, ni los gritos de dolor de los que caen en la lucha. Para ellos se diría que no hay guerra, ni enemigos: el cielo es clemente y les da sol y presta humedad a los granos sembrados; la tierra es magnánima y les concede a manos llenas los frutos que su trabajo

anhela. ¿Cómo podrán creer ellos en rencores, odios y dolores, si la naturaleza que los rodea es fuente inagotable de amor y de placeres?

Algunas chimeneas de ladrillo de bocas humeantes de un humo gris espeso sobresalen en el conjunto del paisaje, su número crece a medida que el tren avanza, anunciando la proximidad del Rhin. Son las bocas que sin cesar pregonan con voz de fuego ante el mundo entero la laboriosidad proverbial de los pueblos habitantes de las márgenes del Rhin; son los testigos de piedra que a la altura de las nubes deponen su testimonio de cenizas ante el Juez inflexible de los cielos, en pro de los atizadores incansables de los hornos de hierro a sus plantas.

El Rhin, en fin. Tres potentes arcos de hierro lo atraviesan. El tren pasa sobre ellos, haciendo vibrar todas sus piezas. Allá abajo corren lentamente las aguas bronceadas al sol. Barcos y vaporcillos se mecen en sus olas, formando la cadena interminable que hace de esta corriente el nervio más importante del comercio alemán.

Rhin.... alemán.... Dos ideas inseparables, que desde las descripciones de Julio César, han recorrido la historia de este pueblo estrechamente unidas. Apenas digo Rhin y el pensamiento solo evoca en mi memoria todas las edades de la cultura alemana. Un tiempo fué el límite entre latinos y germanos, ¿volverá a serlo?—Los confines de las tierras germánicas se han corrido mucho hacia Occidente desde los tiempos de Augusto y Tiberio. Largos fueron los en que el Rhin constituyó el centro de todo su movimiento y de toda su vida política, económica e intelectual. De Aquisgrán a Speyer yacen los restos de los grandes *Kaisers* que fundaron su unidad. En Rense bajo los legendarios nogales que dan sombra al «Kaiserstuhl», pasearon los electores—entre ellos los tres arzobispos—discutiendo el rey que los rigiera. ¿Habremos de ver el día en que no suenen más en el Rhin las viejas leyendas germánicas que cuentan de los misteriosos encantos de la Lorelei y las risas jugetonas de las hijas del río, el de las luengas barbas blancas, que su padre destinara a guardar el oro sagrado de sus aguas fugitivas?....

El sordo ruido del ferrocarril dentro de un túnel. Atravesamos las murallas de la vieja fortaleza. La obscuridad es de corta duración. Retorna la luz del día y con ella, se ofrece a nuestras miradas el panorama deleitoso de Maguncia y sus alrededores.

Apenas comenzada la guerra cuando el 16 de agosto anunció el General Cuartel-general-maestre que «Su Magestad el Emperador había abandonado Berlín en dirección de Maguncia». ¿Era en esta ciudad donde el Cuartel general iba a sentar sus reales? El comunicado oficial lo ocultaba intencionalmente con su laconismo rebuscado. Todas las miradas se dirigieron, sin embargo, a esta población y su nombre



Tropas francesas que desde París marchan a la frontera; la esposa de un soldado, junto a éste, lleva un fusil al que se ha fijado una bandera alzada

se veía por doquiera. Aún suena en mis oídos el murmullo entusiasta de una multitud exaltada por las primeras noticias de victoria, embriagada en el sentimiento renovado de patriotismo, para quien lo más elevado y sublime lo representan Dios en el cielo y el Kaiser en la tierra, gritando sin cesar «hurra» a todo uniforme y entonando las épicas canciones nacionales ante el palacio de los reyes de Prusia en Berlín.

El aspecto armonioso de la gran ciudad con sus calles irregulares, que veo en todas direcciones, y sus jardines bien cuidados me hace notar el contraste que ofrece junto a los campos cultivados de las cercanías, matemáticamente divididos en cuadriláteros semejantes de líneas rectas. Fuera y dentro de la ciudad palpita la vida cotidiana, no menos ac-

tiva que la que se adivina en las numerosas fábricas —en fila interminable a la orilla del río, que ahora corre de E. a O. paralelo al tren—, cuyas chimeneas esbeltas soplan un humo gris que se mezcla y confunde con las nubecillas blanquecinas.

En la estación de Maguncia hacemos una parada más larga que en las demás. Una viejecita de unos 60 años se despide de su hijo que se va a la guerra. En tanto que la madre solloza y enjuga sus abundantes lágrimas con un desmedido pañuelo colorado, la mujer del soldado besa entera al marido, dícele con fuerza: *Nur feste an den Feind*,—(duro con el enemigo). El soldado abraza tristemente a la madre conmovida. Sube al tren. Y en la algazara ruidosa de los compañeros olvida su dolor, yérguese con entereza y ríe y conversa con los demás.

Mi emoción de un minuto se disipa también y pienso corto tiempo en la variedad infinita del alma humana....

El tren se pone de nuevo en movimiento.

Ahora corremos casi sin interrupción, siempre hacia el Poniente, por sobre campos en que sobresalen los viñedos en sus largas filas de estacas cruzadas de carrizos, deshojados y pálidos.

La vía tuerce al sudoeste, frente a Bingen. Nos alejamos del Rhin paulatinamente. Pronto se ha perdido por completo la cinta serpenteante con sus puntos oscuros de navíos.

Más cercanos nos deslizamos junto al río Nava. A sus márgenes cubiertas de villas y villorrios, arrojan sus anzuelos o sostienen sus redes silenciosos pescadores, ayudados por muchachos, que extienden las redes en la playa. Para ellos tampoco hay guerra, donde mil balas sin piedad rompen los pechos de tantos seres semejantes que también se llaman hijos de la patria que ellos veneran. Y sobre todo: muerte, desolación, sangre son nociones que sobrepasan con mucho los límites de su intelectualidad nacida y creada en la paz del trabajo.

De todas las ventanas saludan mujeres y niños agitando sus blancos pañuelos. Saludan a los soldados que viajan en nuestro mismo tren. Las dos hermanas de la cruz roja, que subieron en Francfort han tomado lugar en el coupé vecino al mío, se reclinan en la ventanilla y contestan sonrientes a los saludos. El espectáculo se repite en la misma forma a lo largo de todo el trayecto, apenas un poblado asoma sus casas claras de techos agudos.

El angosto valle se ensancha. Ya entramos en una amplia planicie, cortada a menudo por canales de aguas cristalinas.

Largo tiempo se reproducen los mismos paisajes, sólo que pronto cada puente, cada túnel, cada obra artificial o natural de alguna importancia se presenta flanqueada de centinelas. La cercanía de Metz es segura. El pasado dominio de los franceses en esta región es potente. Los nombres de las estaciones suenan franceses y los innumerables rótulos en ese idioma, que la enemistad presente hace odioso a los habitantes del país, han sido nuevamente remplazados por otros de acento germánico o simplemente borrados.

Cada vez que el tren se detiene, lo asaltan por decirlo así soldados de todas las armas. Tierra y barro cubren sus uniformes y botas; muchos ostentan ufanos la «cruz de hierro», la condecoración militar

en boga, la más generalizada y por ello, la más honrosa recompensa al valor empleado en el servicio de la patria.

La vía férrea dobla la esquina de un bosque. A lo lejos aparecen las torres arrogantes y altivas de las iglesias de Metz.

J. C. GUERRERO.

Primavera de 1915.

## LOS «GASES» Y LA QUÍMICA EN ALEMANIA

El «Observador neutral» ha publicado en el *Times* el siguiente interesante artículo:

«Alemania debe vencer», expresa el nuevo espíritu del pueblo alemán en todo el Imperio. No se dice ya «nosotros venceremos» o «nosotros no podemos ser derrotados», pero las energías y la voluntad de todos se enderezan, lo mismo que todos los recursos de la inteligencia, al resultado apetecido.

Próximo a espirar el primer año de la guerra, los alemanes miran a su alrededor y no descubren al enemigo en su suelo, sino que ven ensancharse las fronteras más allá de los límites normales. Así es que sostienen, no sin razón, que si la victoria ha de medirse por la extensión de las conquistas hasta el presente ellos han ganado la guerra. A pesar de esto, no se observa que disminuyan los esfuerzos, ni haya deseos de descansar, esperándose mucho de un sistema organizado científicamente para la economía y la conservación de los recursos nacionales.

Que estos recursos, tanto en hombres como en material, son muchísimo mayores de lo que creía el pueblo mismo, se pone de manifiesto todos los días, y cualquier programa que los aliados funden sobre la «muerte por inanición» de Alemania, en el sentido literal de la frase, fracasará. Por otra parte, los alemanes ya no se sienten ligados al resto del mundo; acosados por todos lados por enemigos y entregados a sus propios recursos, el país entero está reducido al estado de sitio; pero está fortificado tan fuertemente y tan bien abastecido, que, a menos que se le reduzca por la fuerza, puede resistir indefinidamente, con sus fuerzas y espíritu íntegros.

Este completo aislamiento ha modificado el carácter del pueblo en dos sentidos diferentes y opuestos. Por un lado, un espíritu nacional alemán, llamado *Retichsgefühl* (sentimiento patrio), se ha manifestado por primera vez con extraordinaria intensidad; por otro, un deseo brutal, mórbido, de vindicación, perturba su juicio, guía sus opiniones y altera su sentido ético y moral. Hasta el presente, no hay el menor indicio de la menor debilitación en la estupefaciente organización conocida por «Alemania en guerra». Por el contrario, los mecanismos más sutiles e intrincados han empezado a funcionar. Reservas de inteligencia, como las reservas de material, son puestas a contribución diariamente para proveer a todas las eventualidades posibles. La naturaleza va a ser suplantada por la habilidad de los químicos alemanes. El caucho artificial se está perfeccionando rápidamente. Los nitratos se extraen ahora de la atmósfera; y cuantos substitutos caben a todos los productos naturales que cabe concebir, son objeto de los estudios de profesores encanecidos en el silen-

cio de sus gabinetes, buscando en sus éxitos el triunfo de la patria.

Esto explica la actitud del pueblo alemán hacia el empleo de los «gases» en la guerra moderna. La mayoría ve en ello un espléndido triunfo del genio alemán. Que los sufrimientos que ocasionan los gases superen a los que producen las balas o el shrapnel, se atribuye a las mentiras inglesas. Ni tampoco se considera que su uso esté prohibido por el convenio de La Haya. Lo más interesante, tal vez, es lo que un químico experto me dió a comprender; que el empleo del «gas» en las aplicaciones militares, está aún en su infancia, pero que, gracias a la fuerza de voluntad y a la actividad alemanas, bajo la presión de las circunstancias y del hecho de una posible falta de primeras materias, para la fabricación de fuertes explosivos, el «gas» será la nueva arma de que se valdrá Alemania. Aunque se halle todavía en el período experimental, en uso en el campo de batalla ha dado tan buenos resultados, al parecer, me dijo el químico, que indiscutiblemente los fuertes explosivos serían substituidos por «gases vaporizados».

La facilidad de transporte y la eficacia, son consideraciones de capital interés en la presente guerra. La dificultad física, por no decir la imposibilidad, de un adecuado abastecimiento de proyectiles, debido, no sólo a la cuestión de fabricación, sino a la del transporte, ha hecho del «gas» una arma de extraordinario valor. Me aseguraron que los extraordinarios éxitos de los austro-alemanes en Galicia y los demás teatros, fueron debidos en primer término a la nueva arma, contra la cual no estaban preparadas las tropas rusas.

«Unos cuantos depósitos de gas harán el mismo efecto que un millar de granadas», me dijo mi interlocutor alemán. «El problema no consiste tanto en el uso del «gas», como en encontrar un conveniente «distributor». Una vez éste hallado, todo estará resuelto».

La industria química alemana no se reduce sólo a la producción de gases con fines militares. Todas las especialidades trabajan a alta presión, y, como observaba un alemán: «la salud y el bienestar físico, no ya de las tropas en campaña, sino de toda la nación, y la seguridad del Imperio, descansa sobre los hombros de los químicos. Ha de reconocerse que esta rama de la organización alemana contribuye extraordinariamente y tanto como el Estado Mayor a vigorizar la fuerza de la nación».

No obstante, hay indicios de inquietud en lo que atañe a las primeras materias. El 31 de mayo ví en Berlín los kioscos y otros puestos callejeros cubiertos de anuncios rojos, dando minuciosas y detalladas instrucciones sobre la requisición de todas las existencias de algodón y materias análogas. La cantidad de algodón necesaria para las fábricas militares, la fabricación del algodón pólvora, etc., asciende a unas 80.000 balas por mes. Hasta aquí no se ha encontrado nada que le reemplace.

Los alemanes sonrieron al enterarse que el algodón, que es una de las materias más esenciales para la guerra moderna, no había sido incluido por las autoridades británicas en la lista de los géneros declarados contrabando, en la que figuraban otros artículos de menos interés. Ahora, que ya no se re-

cibe algodón, se realizan grandes esfuerzos para encontrar algo con que suplirlo.

En todos los rincones de Alemania se advierte que todas las clases de la sociedad se han adaptado al estado de guerra. No hay excepciones: cada hombre, cada mujer y cada niño, ejecutan su labor. Se han acostumbrado hasta tal punto a la guerra, toda la nación se ha dedicado con tal fe a contribuir a la guerra, que una interrupción súbita de las hostilidades conmoviera la fábrica del Estado hasta sus cimientos. Pero hay un cambio marcado en la actitud del pueblo. Ya no es el «grosse Zeit» la (época grande), ni siquiera el «ernste Zeit» (el tiempo grave), que tan a menudo se nombraba en Alemania hace seis meses, sino el «teure Zeit» (el tiempo duro), lo que no cesa de oirse. El pueblo está aprendiendo a comprender su coste, si todavía no lo tiene en cuenta.

Me encontraba cierto día delante de la Academia de Guerra, en Berlín. La porción inferior de los muros de aquel inmenso edificio de ladrillo rojo, estaba cubierta con hojas de papel impreso: las listas prusianas de bajas. Mujeres, niños y ancianos fijaban su vista, recorriendo las interminables columnas de nombres, temiendo encontrar el de un hermano, un hijo, el padre. Una pequeña partida de prisioneros rusos—hombres jóvenes de magnífico tipo, que miraron a la multitud, con ojos bondadosos, de niño—pasó por allí. Los prisioneros se dirigían a la estación Lehrter, para ser internados en Döberitz. Las personas que leían las listas de bajas volvieron las cabezas para verlos pasar. Casi nadie hizo un comentario. Una mujer, que estaba a mi lado, exclamó, señalando las listas de nombres: «¡Por esa gente, tantos sacrificios!»

Hay otro aspecto del nuevo espíritu de guerra en Alemania. Mucha gente comienza a comprender que la lucha acaso no produzca un beneficio definitivo al pueblo alemán. Algunos empiezan a preguntarse si la guerra es realmente defensiva, pero la inmensísima mayoría aún parece creer en la justicia de la causa alemana y en el triunfo final de las armas alemanas.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Las causas aparentes y las reales

—Dígame V., señor A., a su juicio ¿cuál es la principal enseñanza que se deriva de los acontecimientos que estamos presenciando, con menos asombro del que debiéramos?

(El señor A.)— Si le he de ser franco, que la fuerza material es la que gobierna el mundo.

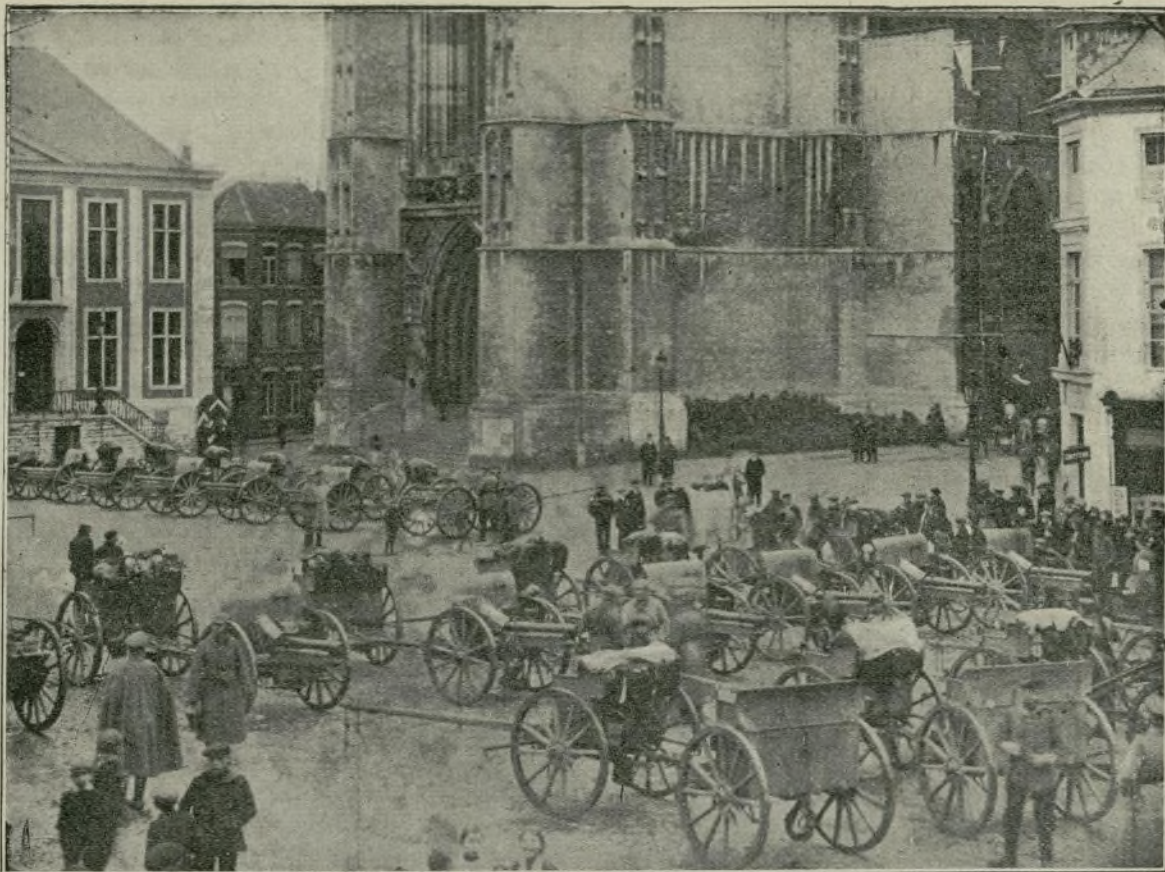
—Y V., señor B. ¿qué opina?

(El señor B.)— Que la previsión debe ser la primera virtud de los gobernantes y de los pueblos.

—Esas, no son novedades; son verdades tan antiguas como el hombre; aunque, si bien se las examina, no pasan de ser convencionalismos con que se satisfacen las inteligencias vulgares....

(Los señores A. y B.)— ¡Muchas gracias!

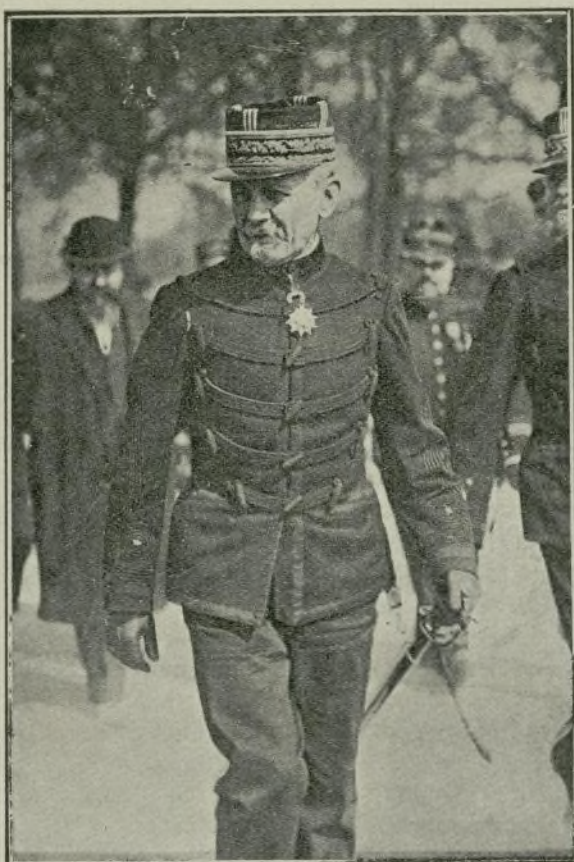
—..., y las personas poco aficionadas a la filosofía y que no están en condiciones, o no les agrada, de penetrar en la esencia de las cosas. Vs. se encuentran en este último caso.



Artillería belga, capturada por los alemanes, en la plaza principal de Diest



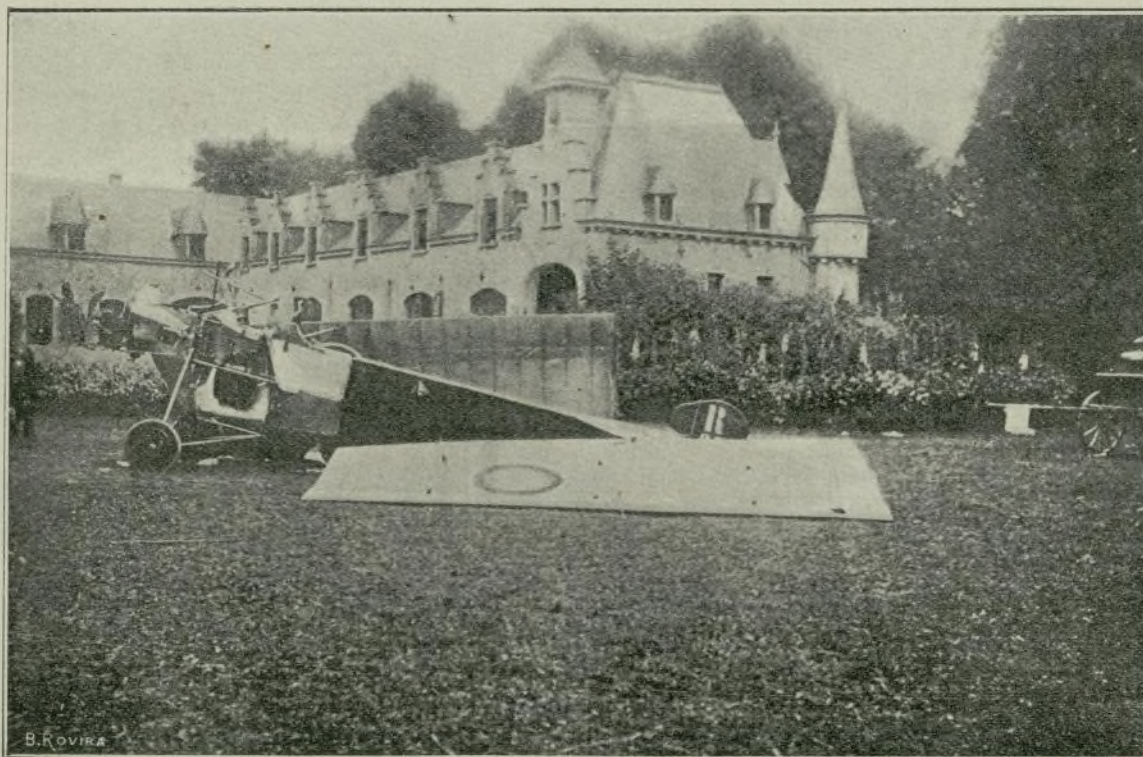
Entierro de un oficial francés muerto en el campo de batalla; delante, va rezando las pæces un sacerdote soldado



El general francés Maunoury, que fué gravemente herido y perdió un ojo en uno de los combates de Reims



El general francés Villaret, gravemente herido cerca de Reims el mismo día que el general Maunoury



Un aeroplano acorazado francés derribado por los alemanes

(Los señores A. y B.)— ¡Muchas gracias! Si no filósofo, por lo menos tiene V. sus pujos de diplomático.

—De sincero, querrán Vs. decir. ¡Pues, sí, señores! ¿Qué les dice a Vs. ese espíritu de unión, solidaridad, abnegación y sacrificio del pueblo alemán?

(El señor A.)— Que es aquel el país de la disciplina de hierro.

(El señor B.)— Que por falta de libertades individuales, el pueblo no repugna la tiranía de quienes le mandan y dirigen.

—¡Frasas lapidarias, que suenan bien a los oídos estragados, y dignas de ser grabadas en mármoles! ¡en el reverso de los mármoles, por supuesto! No es posible que sea lo que Vs. dicen, porque entre setenta millones de habitantes, alguna voz habría sonado discordante, algo se hubiera traslucido al exterior, como está sucediendo en Francia, Inglaterra, Italia, Rusia...; los súbditos de países neutrales viajan sin obstáculos por el Imperio y ustedes han escuchado sus impresiones, sin que yo necesite recordarlas. Los ancianos, las mujeres y los niños, cada cual en la medida de sus fuerzas, han tomado a su cargo las labores antes encomendadas a los hombres que ahora están en el frente de batalla, y ejecutan todos, sin distinción de clases, posiciones, edades y sexos, y con verdadero entusiasmo y orgullo, faenas que hace un año les hubiesen parecido denigrantes. ¿Tampoco eso merece un comentario por parte de ustedes?

(El señor A.)— Ya sé a dónde nos quiere V. llevar.

(El señor B.)— ¡Más claro agual!

—Creo que se engañan ustedes; y si no, vamos a ver ¿cuál es la causa?

(El señor A.)— El patriotismo alemán...

(El señor B.)— Tiene razón el señor A, aunque yo lamento tener que reconocerlo.

— ¡Cuando yo decía que se equivocaban ustedes. ¡ Eso del patriotismo es otro lugar común, de la misma especie que aquellos que hemos quedado en esculpirlos en la cara escondida, en la que toca a la podredumbre. ¡Pues qué! ¿Acaso en Francia y en Inglaterra y en todas partes, no hay tanto patriotismo como en Alemania? Ustedes, tan entusiastas admiradores de aquellas naciones, ¿serán capaces de negarles una virtud, que yo soy el primero en elogiar?

(El señor A.)— Don Subrio, pregunta V. del modo que le conviene, y, es claro...

(El señor B.)— Nos deja V. sin defensa, porque nos pone V. en un pie forzado.

— En la próxima semana llevarán ustedes la batuta; fuerza será que hoy continúe en mis manos. Hay algo más que el patriotismo; el patriotismo es una consecuencia y no una causa. ¡Hay que ahondar más, señores! ¿No significa nada para ustedes que gobernantes de tanto talento y tan prácticos como los británicos, presenten a su pueblo el Imperio alemán como modelo en que deben inspirarse? ¿Que la orientación general de la política francesa cambie y tome una marcha regresiva? ¿Que en los centros directores de Petrogrado se hable de fraternidad, de espíritu cristiano, y se comience a mirar al campesino y al humilde, como a un sér humano y no como a un siervo? ¿Que en éstos y en todos los países ya no se atribuyan exclusivamente al ejército las victorias, sino que los pensamientos y las mira-

das se dirigen a algo más íntimo y menos aparatoso? ¿Que las gentes no se satisfagan con lo que se manifiesta al exterior y busquen e indaguen en lo que aún diputasen misterioso secreto? Al cabo de treinta siglos ¿habrá todavía quien crea que los alemanes son personas diferentes de las demás? ¿No han tratado ustedes a dos, tres, cincuenta alemanes, para saber a qué atenerse? Ni son esclavos, ni son tiranos; ni tímidos, ni leones. Hay algo que, en nuestra época, les hace superiores; ¿saben ustedes qué?

(El señor A.)— Juzgo inútil responderle, porque como no ha de satisfacer a V. más que una respuesta única, que tiene V. preparada de antemano...

(El señor B.)— Yo me limito a oír; si la tesis a que V. llegue me satisface, o, por lo menos, me convence, lo declararé sin rebozo; de lo contrario, habrá V. perdido el tiempo.

— Pero no se lo habré hecho perder, porque meditarán ustedes sobre lo que van a oír. Los primeros cristianos fueron dispersados, perseguidos, aventados, sometidos a suplicios espantosos; y, contra la lógica y contra todas las lecciones de la historia, el cristianismo se extendió; no fué porque las predicaciones de los apóstoles y pastores llegaran a todas partes, ni porque las entendieran todos, ni mucho menos porque halagaran los apetitos y las concupiscencias y los bienes materiales. Se extendió, porque, por su origen divino, se propagó una doctrina exclusivamente moral, es decir, apoyada en las cualidades más nobles del espíritu, las únicas que pueden engendrar una comunión verdad y firme entre los hombres de inclinaciones más diversas y más distantes lugares.

(El señor A.)— Permítame que le interrumpa, don Subrio. Todas las nuevas morales, religiosas, políticas, científicas, se han extendido cuando han sido perseguidas y gracias a esta persecución. Hasta el anarquismo ha hecho adeptos.

— Pero ninguna de estas doctrinas ha revestido el carácter de universalidad, y todas ellas, ¡fíjese V., sin excepción, han ido a buscar en el cristianismo, falseándolo, naturalmente, argumentos y apoyos para sostener sus deleznable edificios.

(El señor B.)— ¿Acaso va V. a disertar sobre religión, don Subrio?

— Muy en su lugar está su observación, señor B., porque, efectivamente, nos hemos desviado. Me proponía yo decir, y he tomado el cristianismo como el ejemplo de mayor relieve y más saliente, que la superioridad de los pueblos se ha basado constantemente en su moral, y que en los choques históricos, no en las incidencias vulgares que no alteran los destinos humanos, ha triunfado invariablemente el pueblo de moral más pura y arraigada; el predominio espiritual ha sido siempre la avanzada del predominio material.

(El señor A.)— Y sin embargo, con toda nuestra religión y nuestra fe, los dominios españoles se derrumbaron al expirar Felipe II, y con toda nuestra...

— Esa es la letra, la vulgar letra de la historia. El pueblo que, como nosotros en aquella época y en otras, conserva de la religión el aparato externo y lo que podríamos llamar la fe destructora, pero ha perdido la doctrina y ha olvidado los principios morales, es más culpable y recibe mayor castigo que el que jamás los ha tenido; es un pueblo de fariseos, y

baste con esto. No negará V. que la religiosidad en el reinado de Felipe III, no era la misma que en los tiempos de Colón y Hernán Cortés. Y si no quiere usted llamarle religiosidad, digamos espiritualidad, moral, fe.

(El señor B).—¡Tiene V. razón, don Subriol!

—Repito que el único lazo verdad de unión entre los hombres se encuentra en los principios morales. Alemania ha sabido conservarlos, los ha desarrollado y robustecido, ha luchado contra la corrupción de costumbres, impera en ella una relativa austeridad, ha ahuyentado la soberbia insana, y esta es, y no otra, la causa de su superioridad. La organización alemana sería imposible, en ninguno de sus órdenes, en cualquiera otro país más corroído por la depravación y el materialismo, incluso en Austria. Reflexionen ustedes y se persuadirán de que estoy en la verdad.

SUBRIO ESCÁPULA

## LA FLOTA AUSTRO-HÚNGARA <sup>(1)</sup>

### Dreadnoughts

Prinz Eugen (21.370); Tegetthof (21.370); Viribus Unitis (21.370).

*Fuerza actual en dreadnoughts:* 3 unidades con 64.110 toneladas.

### Acorazados de línea

Arpád (8.300); Babenberg (8.300); Budapest (5.600); Erzherzog Ferdinand Max (10.600); Erzherzog Franz Ferdinand (14.500); Erzherzog Friedrich (10.600); Erzherzog Karl (10.600); Habsburg (8.300); Monarch (5.600); Radetzky (14.500); Wien (5.600); Zrinyi (14.500).

*Fuerza actual en acorazados de línea:* 12 unidades, con 117.000 toneladas.

### Cruceros acorazados

Kaiser Karl VI (6.300); Kaiserin und Königin Maria Theresia (5.200); Sankt George (7.440).

*Fuerza actual en cruceros acorazados:* 3 unidades, con 18.940 toneladas.

*Fuerza total de la escuadra de combate:* 18 unidades, con 200.050 toneladas.

Cruceros protegidos: perdidos, 2; quedan, 7.

Cruceros auxiliares, 10.

Cazatorpederos y torpederos: perdidos, 2; quedan 85.

Submarinos: 6.

Fondeadores de minas: 6.

Monitores del Danubio: perdidos, 1; quedan, 7.

## CRÓNICA MILITAR

I. El empleo de los automóviles en la guerra.—II. La maniobra de ayer y la de hoy.—III. Consecuencias de la resistencia rusa en Galizia.—IV La campaña en Galizia.—V. La situación el 30 de junio

### I.—El empleo de los automóviles en la guerra

No por conocido deja de ser interesante el empleo amplísimo de los automóviles en las operaciones de esta guerra. Desde antes de haberse organizado en las principales potencias el servicio de automovilistas voluntarios—que fué el paso más poderoso para poner, en condiciones de eficacia, en manos de las autoridades militares todos los recursos de aquella naturaleza existentes en la nación, se creyó, y aun se legisló y se practicó en este sentido, que el lugar adecuado para los automóviles estaba en los servicios de retaguardia y en los de los cuarteles generales. No se imaginó que las tropas harían de ellos un uso análogo al de los ferrocarriles, más ventajoso en determinadas circunstancias. En este asunto, como en otros muchos, la necesidad espolea el ingenio y descubre nuevas aplicaciones.

Desde la primera fase de la campaña en Bélgica, los alemanes se sirvieron de automóviles para efectuar reconocimientos y ocupaciones de puntos importantes débilmente defendidos; insensiblemente, se recurrió a ellos para el envío rápido de reservas a los lugares en que eran necesarias, mejorándose desde entonces este servicio, gracias a los coches cap-

turados, en gran número, en el mes de agosto, y a los que se iban construyendo. En la actualidad, el envío de tropas de refuerzo a los puntos atacados del frente occidental se realiza, en los casos de urgencia por medio de automóviles, que trasladan en brevísimo tiempo algunos contingentes, con los cuales hay para hacer frente, siquiera sea de un modo temporal, a las situaciones críticas, mientras afluye a pie y por tren o en carretas y otros vehículos, el grueso de la reserva.

La primera aplicación en grande escala de los automóviles para acelerar los grandes movimientos de tropas, se debe a los franceses. La colocación del ejército del general Maunoury en el flanco del ala derecha alemana, en los primeros días de septiembre, pudo llevarse a cabo antes de que lo presumieran los alemanes, merced a la requisición de algunos centenares de automóviles—si mis noticias son exactas—que, rebosantes de tropas, trasladaron rápidamente al O. a una parte considerable de aquel ejército.

Si para llevar tropas a la línea de batalla los automóviles constituían un auxiliar precioso del mando, no había motivo para que se les dejara de emplear, con más éxito todavía, en la persecución del enemigo en retirada. Así lo hicieron los alemanes en la Prusia Oriental, con resultado excelente, tan satisfactorio, que se pensó en ellos para contribuir a la buena marcha de las operaciones en Galizia.

(1) Este cuadro se refiere a 1.º de septiembre de 1914; desde entonces, la flota de combate ha aumentado probablemente en dos unidades o más.

Después del desastre de Gorlice y Ternov, un número inmenso de automóviles fueron lanzados contra el enemigo en retirada, los unos, y con tropas que se movieron desde el O. al centro y al E., los otros. Así se explica que sucesivamente fueron apareciendo al S. de la línea rusa contingentes siempre renovados y cada vez más numerosos, y que la Guardia Prusiana combatiera, en el breve intervalo de ocho o diez días, en puntos distantes entre sí cerca de 200 kilómetros.

No sólo los automóviles deparan la ventaja de hacer posibles esas traslaciones de tropas, sino que brindan otra más positiva, si cabe. El soldado llega a la inmediatez del enemigo, descansado, con todo su vigor físico y con la energía avivada por la misma rapidez del viaje, en lugar de ser amortiguada por el cansancio; la sed no causa sus torturas tan terribles en esta época del año, ni se hace molesto el calor. Sin disputa, el soldado se apea con su espíritu más dispuesto a la lucha que cuando montó en el coche. Y no deja de halagarle y estimularle el convencimiento, nacido en lo que ve y palpa, de que si la patria exige los mayores sacrificios de sus hijos, pone también a su disposición aquellos adelantos antes negados a los humildes y reservados a la fortuna, y los automovilistas voluntarios, de las clases pudientes los más de ellos, sirven como meros conductores a sus hermanos de armas.

No hace apenas un año, los automóviles pesados eran considerados los más útiles al ejército. Copiosos son los frutos que han rendido, pero les han superado los automóviles ligeros, por la diversidad de sus aplicaciones. Sobre todo, el ejército inferior en número—que es el caso de los alemanes—necesita compensar su debilidad con la rapidez en la transmisión de órdenes y en los movimientos de tropas, en los reconocimientos y exploraciones, en la inspección de los servicios y en la evacuación de heridos y enfermos, en el municionamiento y en las visitas a los diversos puntos de cada sector... El automóvil forma ya parte integrante del material de guerra, y ha dejado de ser un elemento conveniente o útil, pasando a la categoría de indispensable. Pero como no cabe hacer el gasto de adquirir millares de coches y apartar de las filas del ejército en tiempo de paz, otros tantos individuos para el manejo de aquellos, debe establecerse un contacto más íntimo con los poseedores de tales carruajes, y resolver sencilla y prácticamente el problema del cuerpo de automovilistas voluntarios. Las naciones en guerra, a su cabeza Alemania y Francia, con la experiencia que han adquirido, nos darán a conocer enseñanzas muy interesantes.

## II.—La maniobra de ayer y la de hoy

En términos vulgares, el conjunto de movimientos que ejecuta un ejército para empeñar sus tropas en batalla, o para hacer frente a una situación inesperada, y, en general, para alcanzar un fin militar concreto, se llama maniobra estratégica, la cual ha de realizarse siempre fuera del alcance de la acción enemiga; todo lo que se efectúa dentro de esta acción, cae bajo el dominio de la táctica. Pero se aplica, por antonomasia, la voz maniobra, a los movimientos que tienen principalmente por objeto obtener la victoria por otros caminos que no sean el

primitivo y costoso del ataque de frente, de la oposición directa de una masa contra masa.

Así puntualizado el alcance del vocablo, se ocurre preguntar: ¿se han emprendido maniobras dignas de este nombre, en la presente guerra, o se desenvuelve ésta por los métodos bárbaros y ayunos de mentalidad del choque y el asalto? A juzgar por lo que se escribe en Francia e Inglaterra y que ha encontrado eco en España, los alemanes—que por ejercer la iniciativa son quienes debieran practicar más la maniobra—no han sabido maniobrar; no faltando personas duchos en la historia militar, que echan de menos aquellas maniobras brillantes y geniales de Napoleón, que tantas veces le condujeron al triunfo.

La historia, por sí misma, sólo da a conocer el pasado, pero no enseña para el presente y el porvenir; es menester la filosofía de la historia, para que esa ciencia deje de ser una fuente de conocimientos muertos. De la misma manera, la historia militar reducida al cuadro de los recuerdos, no reporta otras ventajas que un aumento de erudición en quien la estudia; se necesita la filosofía de esta historia, esto es, el arte militar, para que se ejercite el juicio y sea posible deducir enseñanzas vivas.

Puesto que la maniobra ha de ejecutarse fuera de la acción del enemigo, debe tener tanta mayor amplitud cuanto mayor sea la distancia a que se extiende la acción de éste, lo que depende de tres factores: el alcance de las armas, la movilidad del ejército (que comprende desde su organización a los medios de comunicación) y el terreno. En los tres conceptos se han hecho inmensos progresos desde la antigüedad a nuestros días, por lo que apenas hay punto de contacto entre la forma material de la maniobra primitiva y la del tiempo presente, a pesar de que aquella y ésta y todas se inspiran constantemente en los mismos principios.

Las célebres maniobras de Alejandro, que le dieron el imperio de la mitad del Asia, no pueden hoy contemplarse sin asombro, por lo que podríamos llamar su candidez infantil. ¿Cómo pudo ejecutar aquel genio de la guerra sus movimientos de flanco, no ya a la vista del enemigo—que esto perduró muchos siglos—sino al alcance de un tiro de honda, y cómo se atrevió a debilitar su frente y lanzar tropas a las alas, sin que el enemigo lo impidiera, cuando tan fácil le hubiera sido a éste castigar la osadía del caudillo macedónico? Se necesita estar muy penetrado de la pesadez e inmovilidad de los ejércitos de aquellos tiempos, y de la táctica de masa, propia de la civilización de la época, para comprender que los persas tenían que sucumbir forzosamente; cualquiera dislocación de sus tropas que hicieran para parar los golpes de Alejandro, llevara consigo el desorden y la dispersión, y se perdiera la única cualidad en que podían fundar alguna esperanza de victoria.

Poco a poco, a medida que el alcance de las armas aumentó y las formaciones y evoluciones se tornaron más elásticas y manejables, la maniobra tomó mayores vuelos. Pero todavía en el siglo XVIII, el gran Federico de Prusia maniobró, con su famoso orden oblicuo, casi bajo el fuego del cañón enemigo y apenas separó, desde este punto de vista, la estrategia de la táctica.

Corresponde al gran Napoleón la gloria de haber dado a la maniobra estratégica un alcance muy superior a las necesidades de su tiempo. Abría las campañas y se preparaba para la resolución final, disponiendo sus cuerpos de manera que pudieran concordar sus esfuerzos y concurrir en donde se encontraba el enemigo, y éste se hallaba constantemente en presencia de situaciones nuevas e imprevistas, que no podía ya modificar. No sin motivo se llama a Napoleón fundador de la estrategia moderna, porque recopilando y extrayendo la esencia de los grandes capitanes de los siglos pasados, apartó a un lado cuanto de impropio e inútil había en ellos—selección que aguardó veinte siglos quien supiera hacerla—y formó un cuerpo de doctrina limpio y claro. Pero si los principios napoleónicos, que mejor diríamos los principios inmanentes y universales de la guerra—son de todos los tiempos, no así los medios. Hoy, el mismo Napoleón obraría de otro modo.

Desde el imperio, el alcance de las armas de fuego ha crecido prodigiosamente; las ciencias y la industria han hecho progresos estupendos; los medios de comunicación, carreteras, ferrocarriles, automóviles, y de exploración, se han desenvuelto de un modo casi inconcebible, y por consiguiente los cuarteles generales tienen a su disposición recursos de que carecía aquel caudillo; ha evolucionado la táctica, se ha creado la técnica, y la maniobra se ha ensanchado. Hay que ver así las cosas para que el juicio no se extravíe. Las maniobras de Napoleón fracasarían hoy. Las actuales, que se desenvuelven en más amplios horizontes de espacio y tiempo, son por este motivo menos brillantes y más lentas en su fase preliminar, que las del curso inmortal, de la misma manera que las de éste lo fueron menos que las de Alejandro y Annibal.

Y llegando ya al punto capital que me mueve a escribir estos párrafos ¿habrá quien desconozca el mérito de la maniobra alemana en Bélgica y Francia, que superó por su extensión a lo que esperaban los mejores generales franceses, y las maniobras que han ejecutado en sus campañas contra Rusia? Aparte de Sedan ¿admiten siquiera comparación las maniobras de Gravelotte-Saint-Privat con las de ahora? Aquellos ponderados movimientos envolventes de los japoneses en Liao-Yang y Mukden, no fueron sino prolongaciones del frente de batalla, sin resultados decisivos, en las que han parecido inspirarse, con los mismos frutos negativos, French y Joffre después de la batalla del Marne, extendiendo sus líneas desde Soissons al estrecho de Dover.

No han obrado así los alemanes. En Tannenberg, exactamente igual que más tarde en Augustovo, el envolvimiento tiene lugar a muchos kilómetros de distancia del enemigo, y cuando se hace palpable el desastre ya no tiene remedio. En ambos casos, como en Insterburg, como en toda la campaña de Polonia, débiles fuerzas contienen y fijan al adversario, mientras las masas resolutivas se colocan en su flanco y retaguardia. Y en Galicia, donde la situación obliga a iniciar la acción con un ataque frontal, aparece una cuadruple maniobra en el mismo momento de obtenerse la victoria de Gorlice: envolvimiento de la extrema derecha rusa hacia el Vístula, envolvimiento de los Cárpatos, ataque de flanco desde Uszok y marcha envolvente por el Strij.

Pero, se dice, esto no son maniobras; esto no es más que el resultado de la excelente red ferroviaria alemana; Napoleón movía mejor sus tropas. Es probable, por no decir seguro, que si Napoleón estuviera al frente del ejército alemán, la guerra habría terminado ya. Esta verdad, empero, no empaña el mérito de los generales alemanes, toda vez que han sabido ejecutar unas maniobras que no se han visto en el campo de sus adversarios. Si los ferrocarriles les han facilitado la campaña, dándoles medios de suplir su inferioridad de fuerzas, no es menos cierto que supieron obtener de estas vías de comunicación todo el rendimiento que podían dar. Precisamente una de las mayores dificultades, y por consiguiente uno de los méritos de los buenos generales, con que han de tropezar los jefes de ejército, consiste en utilizar debidamente todos los recursos que se ponen a su disposición, sin prescindir de ninguno y sin dejar de sacar el máximo fruto de cada uno. Más hombres, más cañones y tantos o más ferrocarriles que los austro-alemanes, han tenido los aliados, y sin embargo no se han apuntado en su haber otras maniobras que la ténida del ejército de París durante la batalla del Marne y la envolvente contra Auffenberg en agosto y septiembre, a favor ambas de una inmensa superioridad numérica. La grandiosidad de la invasión de Francia y de las campañas contra Rusia no tienen igual desde los tiempos de Napoleón.

Ni estas maniobras, ni las de Napoleón, ni las de nadie, terminan jamás sin combates frontales, porque el atacado ha de revolverse contra el ofensor, aunque sólo sea para abrirse paso y escapar. La estrategia no resuelve la guerra sin el concurso del choque, de la batalla. Pero la maniobra, cuando está bien concebida y desarrollada, arroja las masas principales del ejército propio contra las más débiles, o sea los puntos vulnerables, del adversario, y consigne la victoria con un mínimo de pérdidas y un máximo de ganancias.

En la guerra, las comparaciones son ociosas y carecen en absoluto de base, porque ni los hechos ni las circunstancias pueden repetirse. Los talentos absolutos de los generales de los ejércitos beligerantes serán apreciados por la posteridad; con todo, no nos está vedado a nosotros, los espectadores desapasionados e imparciales, discernir cuáles han sido los que hasta ahora han maniobrado mejor y con más eficacia, y tampoco nos es lícito negar que la maniobra ha existido con resultados superiores a los de 1815 acá, puesto que los hechos la proclaman sin distingos.

### III.—Consecuencias de la resistencia rusa en Galicia

Por extraño que parezca, no faltan críticos de buena fe que elogian y encuentran admirables las operaciones de los rusos en Galicia. Su argumento principal estriba en la debilitación que la resistencia a todo trance de los rusos causa en las tropas austro-húngaras. Este argumento se esgrime, no hay que decirlo, con vistas al teatro del O., y se trata al ejército ruso como si fuera una masa únicamente destinada a morir matando, sin obligación ninguna con respecto a su propio país.

No he de entrar en el camino que abren estos ra-

zonamientos, porque ni tienen nada de militar, ni siquiera de práctico: no pasa de ser una fantasía. Empujaron y adelantaron los aliados en Francia, haciendo retirar ante sí al invasor, y cabría acudir a la figura retórica que presentó, primero, al ejército ruso, como un rodillo aplastador, y ahora lo muestra como una muela de desgaste. Pero cuando los anglo-franco-belgas están contenidos meses y meses por tropas inferiores en número, no es ciertamente el mejor medio de ayudarles invitar a los rusos a que extremen sus energías hasta quedar totalmente agotados. El tiempo hablará, y me dará o despojará de la razón. Es otro el aspecto que voy a examinar.

Es un axioma general y de uso vulgar, cierto también en la guerra, que si la situación se presenta adversa y no hay medio humano de conjurarla, vale más interrumpir la lucha y reservarse para mejor ocasión, antes de ser aplastado e inutilizado. Un ejército derrotado emprende la retirada para librarse de sufrir pérdidas innecesarias que conducirían a la destrucción y para reorganizarse, reforzarse y entablar nueva batalla bajo auspicios más favorables. Obsternarse en seguir combatiendo cuando la victoria nos ha vuelto las espaldas es favorecer los planes y acción del enemigo.

Una retirada a tiempo y bien ejecutada equivale muchas veces a una victoria, y no son pocos los caudillos que lograron su reputación por el acierto en dirigir una retirada. Esta operación es particularmente difícil, porque después del vencimiento las masas no marchan ni se mueven con el entusiasmo y la fe de las que han obtenido la victoria; su moral está rota; sólo alienta en las tropas el deseo de escapar y verse seguras; las unidades se desorganizan pero aún más se quebranta su espíritu, que es menester inflamar de nuevo si se quiere reanudar la lucha más adelante. En las retiradas es cuando se manifiesta por completo la moral, la disciplina, el alma de un ejército. Y ninguno como el ruso para soportar con resignación y sin abatirse, los reveses. Pero sus generales han abusado de estas excelentes cualidades.

Perdida Przemysl y desplegados los austro-alemanes en la orilla derecha del Dniester, quedó decidida la campaña de Galizia. Tenían a su favor aquellos las ventajas de la superioridad moral y de la situación estratégica.

La evacuación de Lemberg a primeros de junio, no más tarde del seis, cuando aún no peligraba su posición; y el repliegue de todo el ejército ruso a defender el sector entre el Vistula y el Bug y cubrir las provincias fronterizas, hubiesen sido operaciones estratégicas prudentes y dignas de loa. Casi todo el centro ruso y toda el ala izquierda estaban intactos y el soldado no se encontraba aún bajo la impresión de la derrota total; por otra parte, el terreno que se abandonara era enemigo y no había por qué preocuparse gran cosa de él.

Contrariamente a esta decisión, que acreditara los talentos del general Ivanov, éste completó el desacierto de extender su ala izquierda hasta la frontera de Rumania, con el, acaso mayor, de atacar a las tropas enemigas que había al S. de Lemberg, y creer que su débil ala derecha podría contener al victorioso ejército del enemigo von Mackensen. De donde se ha seguido, que todas las poblaciones, de-

fensas, ríos, comunicaciones y puntos importantes que pudo abandonar de grado, le han sido arrebatados por la fuerza, y que sus tropas no son ya más que girones de aquel inmenso ejército que llegó a traspasar en varios puntos la divisoria de los Cárpatos. Entrando en Rusia con su ejército derrotado y maltrecho, ha servido con poco acierto a su país.

Hay que reconocer que la conducta de Ivanov es típica y genuinamente rusa; apenas se la encuentra en ningún otro país. Un general, Kuropatkin, en 1904-05, se apartó de este camino, pero pecó por defecto, porque se retiró siempre prematuramente, antes de tiempo. Se comprende que los críticos franceses elogien a Ivanov, aunque los principios militares le condenen; pero el general Joffre no ha obrado como su colega del S. de Rusia.

En la primera fase de la guerra, tres batallas bastan para que los austriacos evacuen la Galizia y retrocedan a los Cárpatos; sus derrotas son incomparablemente menos graves que las padecidas ahora por los rusos; no importa. conviene interponer terreno entre las tropas que se batían en retirada y el vencedor, para reanudar la lucha en buenas condiciones, al amparo de las montañas, antes que un golpe decisivo las ponga fuera de combate. En efecto, el inmenso alud moskovita se estrella en los Cárpatos, y si logra algunas ventajas, obtienen los austriacos la más positiva de sufrir poco quebranto y asumir una ofensiva arrolladora en el momento histórico. Fueron vencidos en Galizia; pero, guardando sus energías, se encontraron en condiciones de devolver con creces la estocada. Si ahora los rusos tuvieran a su retaguardia una cadena montañosa como la de los Cárpatos, no se sostendrían un mes en ella. Recuérdese lo que aconteció en Przemysl y será ocioso insistir más.

Vencidos los aliados en las jornadas del 21 al 27 de agosto, su caudillo no persiste en la lucha; a marchas forzadas retrocede todo el ejército; prisioneros y material en cantidades prodigiosas caen en manos de los alemanes, pero si hubiese continuado el combate la destrucción fuera total. La sabiduría de la orden de retirada no tarda en aparecer: el 5 de septiembre atacan los aliados y avanzan desde el Marne al Aisne.

Como antes los franceses, también los alemanes se repliegan rápidamente del 6 al 10 de septiembre; y en octubre escapan con celeridad vertiginosa desde el medio Vistula al Varta; como no han sido derrotados, su contragolpe es formidable y se estacionan en el Bzura y el Ravka.

El ejército ruso parece privado de la facultad de movimiento. Es tan sólida su cohesión, que, materialmente, va escapando al desastre final; pero suma en su deber derrota tras derrota, innecesarias e inútiles a menudo, y rápidamente queda inutilizado para cuanto no sea resistencia pasiva. No de otro modo se comprende que una campaña de diez meses haya bastado para descuajar y romper un ejército de siete u ocho millones de hombres, que estaría casi intacto si, en vez de acometer aventuras para las que no estaba preparado, hubiese desarrollado una campaña más en armonía con sus intereses nacionales y con sus líneas estratégicas de resistencia. Cuando se reflexiona sobre la campaña de Rusia, no puede menos de acudir al entendimiento la idea de que la inicia-

tiva y la alta dirección se encontraban muchos centenares de kilómetros al O. Las duras censuras de que fué objeto Kuropatkin por su predisposición a ordenar la retirada, pueden también haber contribuido a que los generales actuales prolonguen la resistencia más allá de los límites prudentes, y sean víctimas de desastres casi sin ejemplo. En esto, como en otras cosas, los partidos extremos son viciosos, y se ha de tener siempre presente cuál es la situación y quién es el adversario, elementos de juicio que no parece han pesado mucho en los caudillos moskovitas.

#### IV.—La campaña en Galizia

Hay que insistir, aun a riesgo de que la observación sea enojosa, siempre en lo mismo: el ala izquierda rusa pesa como losa de plomo sobre el resto del ejército, y no parece sino que la única preocupación del general Ivanov es la salvación de aquella ala. Tal vez lo consiga, pero, entre tanto, no sólo ha perdido la campaña, sino que ha restado a la línea rusa de Polonia el concurso de un ejército, el del S., que pronto le va a hacer suma falta. Al mismo tiempo, y por extraño que parezca, aún no han comprendido los rusos—y si lo han comprendido no se han acomodado a ello, que aún sería peor—que el ejército de von Mackensen es el que hace dos meses despeja todas las situaciones, mediante ataques de flanco, siempre en la dirección N. E. En el terreno de la estrategia, maravilla tanta pasividad en el campo ruso. En cambio, en el concepto táctico, sorprendería, si no fuese tan conocida la extraordinaria solidez de las tropas rusas, que, después de reveses casi diarios, los ejércitos se vayan replegando sin haberse desorganizado ni desbandado.

Como consecuencia de la toma de Lemberg, las tropas rusas que cubrían el alto Dniester, entre Szrzerzec y Mikayolov, quedaron amenazadas de revés y tuvieron que retirarse. La punta ofensiva y resolutiva del ejército de Mackensen, que se había apoderado de Zolkiev y movido al enemigo a evacuar Lemberg, continuó empujando en la dirección N. E., secundada por las fuerzas de Böhm Ermoli, que se apoderaron a viva fuerza de Szrzerzec y prosiguieron hacia el E. En aquel momento—25 de junio—la línea rusa en Galizia formaba un ángulo casi recto: uno de los lados partía del O. de Kamionka, en el Bug, y se dirigía en línea recta a Mikolazov, donde comenzaba el otro lado formado por el curso del Dniester. El Bug todavía estaba fuera del alcance del enemigo, y por consiguiente en poder de los rusos el camino de Polonia. Difícil era escapar por él, sobre todo después de haber desaprovechado el instante más favorable, que se presentó inmediatamente después de la caída de Przemysl; y muy expuesto el desfilar hacia el N., presentando el flanco a los ejércitos de Mackensen y Böhm Ermoli, pero aquella era la última probabilidad que quedaba de no ser arrinconado hacia el E. y puesto fuera de combate. Es probable que Ivanov comprendiera el peligro por fin, porque la artillería pesada de los ejércitos del Dniester recibió la orden de ponerse en retirada y se apresuró la evacuación de los trenes y material. Posible es que si Linsingen permaneciera a la expectativa, gran parte del ala izquierda rusa se

incorporara al centro y, con fuerzas superiores, contuviera a Mackensen. No fué así, sin embargo.

Linsingen, que con sus incesantes y enérgicos ataques, no siempre coronados por el éxito, había inmovilizado al ala izquierda enemiga, dejando en libertad de acción a Mackensen, repitió los asaltos para apoderarse de los pasos del Dniester, inmediatamente de reconquistada Lemberg. Esta vez fué más afortunado; ya los rusos comenzaban la retirada y, aunque se defendieron desesperadamente las retaguardias que cubrían la orilla N. del río, hubieron de ceder: desde el N. de Zyrdaczov hasta Haliez, el ejército de Linsingen pasó el Dniester y marchó en persecución del enemigo.

Entretanto Mackensen y Böhm Ermoli habían continuado sus ataques, rechazando cada vez más hacia el E. a los rusos. Desde Bobrka al N. de Zydaczov la lucha fué muy reñida, porque los rusos necesitaban salvar de la destrucción las fuerzas situadas en el vértice y el interior del ángulo recto de que antes he hecho mención. Lo lograron, merced a rapidísimas marchas, llegaron al Guila Lipa y defendieron tenazmente los desfiladeros de este río, cerca de Luczynce, que al cabo han caído en poder del ejército de Linsingen.

Mientras se libraban estas batallas en el Dniester, Mackensen precipitaba la marcha para llegar al Bug, que era el objetivo principal de la campaña, desde la toma de Przemysl. Según las últimas noticias, los alemanes se han apoderado de Kamionka, en el Bug, continúan por la orilla izquierda de este río hasta frente a Busk, y siguen a Przemyslany y casi toda la línea del Guila Lipa, menos en el sector de Rohatyn, donde todavía están los rusos. El ángulo recto se ha transformado en obtuso, con ventaja para los rusos, cuyo flanco derecho no corre tanto peligro de envolvimiento como antes; en compensación, los alemanes han conseguido las siguientes ventajas: 1.<sup>a</sup>, cerrar al enemigo el boquete entre el San y el Bug; 2.<sup>a</sup>, estar mejor enlazados que antes y en disposición de obrar más concertadamente los tres ejércitos de Mackensen, Böhm Ermoli y Linsingen; 3.<sup>a</sup>, haber avanzado 50 kilómetros en las jornadas del 24 al 29; 4.<sup>a</sup>, mejorar positivamente la situación de von Pflanzer en el Dniester, al E. de Maryampol.

Si ahora recordamos lo acontecido desde el 3 de mayo, cuando comenzó la retirada moskovita en el Dunajec, veremos repetirse siempre los mismos hechos. El flanco O. de los rusos, constantemente en retorno, retrocede sin interrupción hacia el E., ocupando líneas de posiciones siempre paralelas; la fortísima ala izquierda, que desde Turka, al N. del paso de Uszok, en los Carpatos, cubre por el S. de Strij y el N. de Nadvorna el curso del Dniester, trata de llegar al Pruth, en la frontera de la Bukovina, y aunque es derrotada y acometida por fuerzas austro-alemanas que van en aumento, pone todo su empeño en mantenerse en la línea del Dniester, resultando de esta doble combinación que el flanco occidental retrocede más de 300 kilómetros, y el del Dniester solamente unos 50 como término medio. La consecuencia es obvia: el ejército ruso de Galizia se ha dejado empujar hacia el E. y no ha hecho todo lo posible para conservar el enlace con los ejércitos de Polonia. Otro pequeño avance de los austro-

alemanes, y las tropas de Ivanov quedarán cortadas de los ejércitos del N. y arrojadas a una zona excéntrica, donde serán poco temibles, aunque reciban refuerzos; esto se resume diciendo que el ejército invasor de Galizia va a ser puesto fuera de combate, y Rusia no podrá en adelante contar con él para desarrollar una enérgica ofensiva.

Acaso se arguya que lo mismo que ahora se retira, podrá mañana avanzar en dirección contraria, si es reforzado y dotado de la mucha artillería que ha perdido o se ha inutilizado. Basta observar el sentido en que corren los ríos de la Galizia central y oriental, para comprender que una nueva invasión, para tener éxito favorable y rápido, ha de emprenderse desde el N. y no desde el E. Por eso, entre otras causas, se apoderaron tan pronto los rusos de aquella provincia austriaca, desembocando por Polonia; y por eso también van a tener más importancia en la última fase de la campaña los ataques que ejecuten Linsingen y Pflanzer.

Expulsados que sean los rusos de la Galizia, su base de operaciones tendrá que ser Kiev, y no podrán tomar parte en las operaciones que pronto comenzarán en la Polonia meridional. Si los alemanes se adueñan del curso del Bug, la campaña habrá terminado.

Cubriendo los amplios movimientos de los austro-alemanes, el ejército del archiduque José Fernando, ya desde antes de la reconquista de Przemysl, se estableció como cortina al S. del Tanev y paralelamente a él. Acaso no se preocuparon los rusos de lo que podía ocurrir en Galizia, porque contaban con la acción de un nuevo ejército, reunido a toda prisa, que, descendiendo de N. a S. entre Tarnogrod y Rava Ruska, acometiera por la espalda a las tropas de Mackensen y las destrozara. Esta esperanza resultó fallida. El archiduque José Fernando consiguió derrotar a ese nuevo ejército, lo arrojó de Tarnogrod y Lubaczov, llegó al Tanev, lo rebasó, y, ya en territorio ruso, se ha apoderado de Tomaszov y se corre hacia el O.

Como es lógico, las tropas rusas que aún permanecían entre el San inferior y el Vístula han evacuado este sector a toda prisa, y también los austro-alemanes han entrado en el territorio enemigo por Zavichost. El golpe ha repercutido al O. del Vístula, donde el ejército de von Voysch persigue a los rusos en retirada hacia Ivangorod. Conviene advertir que los rusos han reforzado sus tropas del Tanev y que hay indicios de que al lado del archiduque José Fernando han entrado en línea nuevas fuerzas alemanas.

Todas las operaciones que han tenido lugar en la Galizia en los meses de mayo y junio se sintetizan y concretan en breves palabras. Los austro-alemanes han roto el frente ruso en la dirección general paso de Lubkov-Przemysl-Rava Ruska, dividiendo a las masas enemigas en dos grupos: el principal (Ivanov) ha sido empujado al E. y privado de intervenir en las operaciones de Polonia; el otro, débil en su origen pero fuertemente reforzado después, está siendo barrido hacia el O., al N. del Tanev y del Vístula.

Como consecuencia de esta doble maniobra, el ejército austro-alemán se ha puesto en condiciones para acometer de revés la línea Ivangorod-Varsovia, a la vez que la ataca de frente. Si esta ofensiva que no parece lejana, tiene éxito, habrá terminado la guerra grande contra Rusia, y la atención del lector tendrá que volverse a otro teatro.

Si se recuerda que los rusos no han podido poner en campaña tropas suficientes para derrotar a los alemanes que se baten en Curlandia, entra la duda sobre la posibilidad de que acumulen en Polonia núcleos y elementos bastante poderosos para hacer frente a la doble ofensiva que se está iniciando. Y en estas circunstancias tan críticas para el Imperio del Norte, más de un millón de hombres a las órdenes de Ivanov, se alejan por momentos de los campos en que va a pronunciarse el fallo decisivo. Notabilísimas han sido las combinaciones estratégicas de los austro-alemanes, pero mucho las han favorecido y facilitado también las torpezas de los rusos.

#### V.—La situación el 30 de Junio

En Galizia continúa la retirada de los rusos, y se va acentuando el movimiento de los austro-alemanes al N. del Vístula, más allá del San. También en el frente del ejército de von Pflanzer han ganado terreno los austriacos, aunque la resistencia rusa ha sido muy enérgica.

En los Dardanelos se han renovado los ataques contra las posiciones turcas; se manifiesta en los partes oficiales de los aliados que éstos han conquistado un reducto y dos líneas de trincheras, pero lo cierto es que las posiciones turcas se mantienen, en conjunto, tal como estaban a primeros de mayo.

Detenida la ofensiva italiana, ignórase por qué motivos, los austriacos han tomado la iniciativa en casi todo el frente, contraatacando al adversario. La guerra sigue estacionaria.

De las operaciones en el Cáucaso, a las que los partes rusos dedican grande atención desde que comenzaron las derrotas en Galizia, sólo cabe decir que los combates, con débiles contingentes, se libran en las regiones fronterizas, estando más internados los turcos en territorio ruso que los rusos en el turco: no es de ahí de donde hay que esperar hechos de resonancia.

Intormes de buen origen dan a conocer que las operaciones de los ingleses en el golfo Pérsico, que comenzaron bajo buenos auspicios, según dije en otra crónica, terminaron con la derrota del cuerpo expedicionario, que tuvo que replegarse cerca de la costa.

En Francia no ha ocurrido ningún hecho que modifique la situación general. Los alemanes han obtenido pequeñas ventajas en diferentes puntos del frente, pero no han podido recuperar el terreno que perdieron al N. O. de Arras. En cambio en el espón de Eparges han recibido un golpe los franceses.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

1.º julio 1915.